



LEON XII

género, no puede alarmarse ni escandalizarse de que otro imite su ejemplo; y es lo cierto que los gobiernos todos de Europa ¿que digo de Europa? del mundo entero, han pasado lo que va de siglo en atropellarse mutuamente. en robar territorios el fuerte al débil ó imponerle condiciones onerosas ó vejarle de mil maneras, á veces por el mero gusto de demostrar superioridad. Así, pues, los acostumbrados á proceder de semejante modo ¿como habian de encontrar extraño que quien disponia de cientos de miles de hombres armadoe arrebatase su patrimonio á un pobre anciano que no contaba con otros títulos que su legítimo derecho, ni con mas defensa que la de un puñado de hombres, valerosos, decididos, pero que tenian que luchar uno contra mil? La cosa era natural y corriente: tratabase de un hecho de fuerza mas, y la socorrida teoria de los hechos consumados, permitia tranquilizar en la apariencia á los que realmente estaban tranquilos, no porque debieran estarlo sino porque las conciencias se encallecen con la repetición de actos injustos, como se encalleceu las manos con el continuo trabajo.

La obra de iniquidad, el incalificable despojo de que fué objeto Pio IX continúa; su sucesor es realmente el prisionero de Humberto como aquel lo fué de Victor Manuel, los gobiernos de Europa, del mundo entero, siguen mirando con indiferencia el sacrílego atentado, preocupados como están en armarse hasta los dientes para destrozarse fraternalmente entre si y convencerse mutuamente con la voz, llena de elocuencia, de los cañones y las ametralladoras... ¿Se necesita mas para justificar el título que se ha dado al presente siglo? ¿Son necesarios mas argumentos para demostrar que le viene como anillo al dedo el nada lisonjero calificativo de siglo de Napoleon?

III.

Elegido Leon XII, en 27 de Setiembre de 1823, para suceder á Pio VII en la Silla de S. Pedro y bien penetrado de los deberes que su cargo exigia de él, de las muchas atenciones á que debia hacer frente y de la situacion general del mundo, comprendió que, no solamente debia sostener las decisiones de su antecesor respecto al



restablecimiento de la orden de los jesuitas, milicia esforzada y valerosa del catolicismo, compuesta de tantos campeones de este y del pontificado cuantos son sus individuos, sino que á mayor abundamiento y siguiendo el principio, exactísimo en física como en mecánica social de que la reaccion debe ser y es igual y contraria á la accion, precisaba oponer á la propagacion de falsas pero seductoras doctrinas, á la preconizacion de determinadas ideas y procedimientos determinados, unas y otros perniciosos á la verdad, á la justicia y al bienestar de la humanidad, un fuerte dique capaz de contenerlos en la desenfrenada carrera que seguian; y comprendió tambien, con esa intuicion y esa inteligencia admirables, que tan frecuentes, por no decir generales, han sido en los Vicarios de Jesucristo, que principales componentes de aquel debian ser el mayor esplendor dado á la religion católica, en la persona de la cabeza visible de la Iglesia y la mayor preponderancia de los entusiastas defensores del papado que componen la compañía de Jesús. A este fin obedecieron dos de las primeras disposiciones que adoptó, por una de las cuales recuperaron los jesuitas sus colegios, adquiriendo un saludable ascendiente sobre la educacion de la juventud, mientras que por la otra se llamaba á los fieles á la capital del orbe cristiano, con el anuncio del decimonono jubileo.

El siguiente año de 1824 tampoco fué perdido para la Iglesia, ya que en él el celoso pontífice Leon dirigió repetidas exhortaciones á los gobiernos todos de Europa, singularmente en principios del mes de Mayo, á fin de que, cumpliendo la mas importante parte de los deberes que les están impuestos por razon de su cargo, contribuyesen á la propagacion de la fé católica y al sostenimiento de la pureza de sus dogmas. Con igual mira y á fin de que los públicos discursos de gentes indoctas, maliciosas ó extraviadas lamentablemente, pudieran hallar el debido correctivo por medios apropiados y análogos á los que empleaban, manifestóse decidido protector de la pública predicacion de la verdadera doctrina, hecha al aire libre por los misioneros, y de ello hizo formal manifestacion en 24 de Setiembre. El efecto de estas y otras semejantes medidas no tardó en hacerse sentir, pues aquel mismo año las sectas revolucionarias que por todas partes trataban de ocasio-

nar trastornos y perturbar el orden social establecido, y que en Italia y, sobre todo, en Roma ostentaban audacia sin igual, vieron combatidas por medios espirituales así como por los materiales, y obligadas á refrenar su impudente osadía.

El respeto y la consideracion que el padre comun de los fieles merecia á la mayor y mejor parte de los pueblos, á los elementos sanos y honrados de estos, púsose de manifiesto de un modo elocuente cuando, en 1825, se abrió el jubileo anunciado por Leon XII, al cual concurrió un número tan extraordinario de peregrinos como pocas veces se habia visto afluir á la Ciudad Eterna; y bien que los elementos revolucionarios, sin cesar nunca en sus desatentados é impios propósitos, intentaron turbar con algun movimiento la paz y la augusta solemnidad de aquel hermoso espectáculo, no solo no lograron su objeto, pues fueron pronta y enérgicamente reprimidos sus malévolos designios, sino que consiguieron únicamente, por todo fruto de su maligna siembra, que el pontífice, á comienzos de 1826, prorrogase por un año el jubileo, para dar á entender de una manera palmaria que, por mucho que fuera el tiempo que durase la ceremonia, no faltarian fieles devotos, ansiosos de aprovecharse de las gracias espirituales de ellas, y que, á pesar de la propagacion de las malas doctrinas, la fé verdadera se mantenía viva y pura en la inmensa mayoría de las gentes que profesaban, la sublime doctrina del Crucificado.

No pasó tranquilo, ni mucho menos, para el sucesor de Pio VII, el año de 1826, pues las sectas políticas enemigas del catolicismo, exacerbadas por la justa guerra de que eran objeto y especialmente por las fervorosas y eficaces predicaciones públicas de los misioneros que combatian con ardor las perniciosas doctrinas que iban poniéndose en boga y adquirian prosélitos llevados del aliciente de la novedad, las sectas políticas, digo, ocasionaron nuevas agitaciones en los dominios pontificios, mas sin lograr resultado positivo de ningun genero. En cambio el fruto de las sabias medidas del papa, se tradujo en hechos tan elocuentes como la casi universal consideracion de los gobiernos y el de haber logrado, en aquel mismo año, que el rey del Piamonte, tomase el acuerdo de confiar la enseñanza de la juventud, en sus estados, á los Padres jesuitas y á los hermanos ignorantinos. Otra prueba irre-



fragable del ascendiente que supo adquirir el ilustre pontífice sobre los gobiernos europeos, aun los menos afectos á las ideas católicas, fueron los concordatos celebrados en 1827 con Suiza y los Países-Bajos, la creación de nuevos obispados en Basilea, Brujas, Bois-le-Duc, Amsterdam, Limburgo, Rothemburgo (en el reino de Wurtemberg), Maguncia (en el principado de Hesse-Casel), y la erección de arzobispados en Malinas, Friburgo, Brisgan y en el gran ducado alemán de Baden.

Azarosos fueron los principios del año 1828 y aun puede decirse que todo él fué agitado en Italia y especialmente en los estados pontificios. Desde la revolución francesa, las sociedades secretas habían tomado un vuelo increíble; aquel movimiento tan preconizado y ensalzado por las personas optimistas ó fanáticas que se empeñan en no ver las cosas bajo su verdadero punto de vista, sino bajo el prisma que las es conveniente ó que halaga sus pasiones; la revolución francesa, había hecho salir á la superficie todo el cieno del lago social y excitado los malos sentimientos y los perversos instintos que antes de ella, dormían en el fondo de muchos corazones. Y como cada cosa enjendra su semejante por modo forzoso é inevitable, uno de los frutos de aquel gran desquiciamiento, fueron las sociedades secretas, no inventadas ciertamente por los revolucionarios, pero sí por estos fomentadas y protegidas de manera extraordinaria. Y entre ellas se distinguían por su audacia sin freno, por la apelación á toda clase de recursos aun los más criminales y reprobables y por su vertiginosa actividad, las asociaciones de los llamados carbonarios, á quienes se debieron la mayor parte de los crímenes y de los disturbios que agitaron la Italia durante largo periodo.

No desconocía esto el gobierno del pontífice y como Leon XII sabía muy bien que, á sus deberes de Pastor de la Iglesia universal, unía los de temporal soberano, mirando por el bien de todos los fieles y por el particular de sus súbditos, hubo de adoptar rigurosas medidas contra aquellos fanáticos sectarios que conculcaban todas las leyes y los principios todos de la moral, logrando, por entonces, poner freno á sus audaces tentativas.

Otra de las mayores plagas que assolaban los estados Pontificios, era la multitud de bandidos que por do quier pululaban y

cuyo aumento al par que la osadía que demostraban en sus repetidas fechorías refiere así el historiador Cesar Cantú: «Los bandidos que infestaban el antiguo país de los Volscos entre los Apenninos, las lagunas Portinas, los montes de Albano y los de Túsculo, eran la ruina de los Estados Pontificios. Este país había pertenecido hasta 1809 á la familia Colonna que solo había enseñado á sus habitantes á servirse de las armas, á causa de sus antiguas y seguidas contiendas contra los papas y la familia Orsini. Los papas no tenían en aquel territorio verdadera jurisdicción y solo, para sustraer á la territorial á las personas honradas, las proporcionaban un certificado de pertenecer á la clerecía. Los franceses destruyeron tal situación; pero los excesos que cometieron con motivo de la leva de 1813 irritaron los ánimos é hicieron que la gente del país volviese á tomar las armas formándose entonces multitud de bandas que se consagraron á atacar y molestar á las tropas de Murat.»

Entonces pasó lo que era natural que ocurriese. La debilidad del gobierno que sucedió al del famoso general de Bonaparte, dió alas y excitó los malos instintos de aquella gente indisciplinada y aguerrida, que, no obedeciendo más que á un jefe, pero diseminada en partidas hasta de cien hombres, de la guerra pasó al bandidage, y recorriendo constantemente la despoblada campiña, hacía sumamente peligroso el camino de Roma á Nápoles. Nadie se atrevía á rehusar socorros en víveres y dinero á aquellos terribles bandidos y los mismos gobiernos tuvieron más de una vez que tratar con ellos de igual á igual, dándose por satisfechos cuando algún individuo de tan osadas cuadrillas se arrepentía de la vida pasada é iba á colgar del altar de la Virgen su ensangrentado puñal.

El eminente Consalvi trabajó mucho para destruir semejante plaga, en tiempo de Pio VII, y poniéndose de acuerdo con el gobierno napolitano, á fin de que este no diese asilo á los criminales en su territorio, echó mano de medios tan enérgicos como los de pegar fuego á las casas y á las aldeas donde habitualmente se refugiaban. Tales medidas los atemorizaron de manera que pudo, no sin falta de razón, ser establecida una fiesta en conmemoración del exterminio de aquellas bandas de criminales; mas el



resultado fué aparente y no real, pues por rudo golpe que suf-  
ron no los habian reducido al extremo de que aun no di-<sup>so-</sup>ca-  
bastante que hacer al gobierno de Leon XII.

Este cuya energía acreditan las medidas de que anterior-<sup>ias,</sup> y los  
se ha hecho mencion, no podia consentir en manera alguna que  
calamidad tan grande como lo es la del bandolerismo affigiera el  
territorio especialmente confiado á su custodia; y en consecuencia,  
poniéndose nuevamente de acuerdo con el gobierno de Nápoles,  
consiguíó una decisiva victoria sobre los atrevidos brigantes, algu-  
nos de los cuales pagaron en el patíbulo, con su vida, las muchas  
de personas inocentes y honradas que habia arrebatado.

Mas altas empresas habria llevado á cabo sin duda el pontífice  
que nos ocupa de no haberle sorprendido la muerte en 10 de Fe-  
brero de 1827.

## IV.

El cardenal Javier Castiglioni, fué elegido sucesor de Leon XII  
y al ascender al pontificado, en 30 de Marzo del citado año, tomó  
el nombre de Pio VIII, en recuerdo del insigne papa que tanto  
tuvo que padecer durante la época en que el primer Napoleon  
estuvo en el apogeo de su poder. La situacion general del mundo  
no habia variado gran cosa desde el fallecimiento del anterior Vi-  
carío de Cristo y si alguna mudanza habia ó se preparaba, era  
mas bien perjudicial que favorable á los intereses de la cristiandad.

El furor revolucionario iba á producir en Europa nuevos tras-  
tornos y nuevas víctimas; las sociedades secretas excomulgadas  
ya en general, por Leon XII y reprimidas en sus mas importantes  
individualidades por el citado sucesor de San Pedro, no cedian en  
sus malévolos é impios propósitos; las ideas de falsa y perniciosa  
libertad se apoderaban de muchos espíritus ilusos ó no dotados  
de sólida y verdadera ciencia. Esto basta para justificar que Pio VIII  
colocándose á la altura de las circunstancias, y no habiendo cam-  
biado estas sino para agravarse, se declarase desde luego conti-  
nuador de la conducta de quien le habia inmediatamente precedido  
en la Silla de San Pedro, y que, en cosecuencia, como  
Leon XII, protegiese decidida y justamente á los jesuitas, sus es-

cuy  
peti  
cidos  
ninos,  
el

